

“Del miedo y sus racimos”

de Raquel Diana

Personajes:

Rosa (60 años)

Ana (16 años)

Viejo (70 años)

García (50 años)

José (17 años)

Ernesto (16 años)

Roberto (14 años)

Comisario (60 años)

Escena 1. Casa de Rosa.

Rosa tiene una escopeta.

Rosa - ¿Quién anda ahí?... Nada, un perro... ¡Si no sos perro hablá!... ¡Ay, Rosa, Rosa!
De tan sola sentís que te rondan. ¿Qué te van a robar? Ni una maceta te queda...
¿quién es? ¡Mirá que soy vieja y miope pero mi escopeta no!... ¡Y soy amiga del
comisario!... Estos no se asustan con nada... *(bosteza y se duerme un
instante apoyada en el caño de la escopeta, se despierta sobresaltada)*... ¡Ay,
Rosa, qué hiciste!... ¡Fuera de mi cabeza, carajo! Abrí bien los ojos, Rosa...
Alguien anda en la parra... ¿Quién es?

Entra Ana corriendo. Rosa le apunta con la escopeta.

Ana - ¡Tenga cuidado, señora!

Rosa - ¿Qué hacías en el fondo? Nadie se mete con mi parra.

Ana - Pasé mucho miedo para llegar acá. Guarde la escopeta, por favor.

Rosa - ¡Qué suerte que viniste, m'hija!

Ana - ¿Sí?

Rosa - Sí, sos justo lo que andaba necesitando.

Ana - Mire, yo vengo a verla porque...

Rosa - A ver si me entretenés un poco así no cierro los ojos. A mi me hace mal
dormir.

Ana - Qué lástima, señora. Mire...

Rosa - Sueño cosas que después pasan.

Ana - Eso me dijeron, entonces yo pensé que usted me podía ayudar a...

Rosa - Yo no ayudo a nadie. Antes sí. Me recorría las chacras avisando: “mire que
pasado mañana se viene una granizada”. “La radio no dijo nada”, “qué sabe la
radio: yo le digo que cae granizo y cae”. Y caía nomás. “Mire que esta
primavera viene seca reseca, no va a caer ni una escupidita de agua”. Y así era.

“No se case con esa porque cuando le pongan la luz se le va a ir con un electricista”. Y así fue. Me agradecían la información, pero no me daban corte. Me querían dar unas monedas o papas o uvas. A veces aceptaba un racimito de uvas, para despuntar el vicio. Eso al principio: después me empezaron a echar la culpa de todo, como si yo hiciera maleficios o algo así. Juré que nunca más iba a decir nada.

Ana - Usted habla mucho, señora y yo estoy apurada.

Rosa - Tenés razón. Hablo para espantar el sueño y los sueños. Es bueno que estés acá: me paso hablando sola.

Ana - Dicen que a Gabriel se lo tragó el viñedo. Quiero decir: vinieron a avisar que un viejo se lo había llevado en camioneta. Pero es mentira. Él se escondió para no verme. Él me dijo que yo era la más linda del mundo y si quería ser su novia. Y yo como una tarada le dije que lo iba a pensar. Y cuando le voy a decir que sí, desaparece.

Rosa - Mentira.

Ana - ¿No desapareció?

Rosa - Pasó otra cosa... entre ustedes.

Ana - Usted ve todo, ¿no?... Estuvimos... Sí... Quiero hablar con él. Conversar nomás... Seguro que no le gustó. O se hizo el vivo. Me dijo cosas tan lindas que...

Rosa - ¡Ay, dios mío! ¡Qué horrible!

Ana - Sí. Me dejó plantada

Rosa - ¡Yo lo vi! En una siesta de diciembre. ¡Qué desgracia! Me venció la calor y me dormí cinco minutos.

Ana - ¿Qué vio? Es mentira que me quiere, ¿no?

Rosa - Vi cosas horribles. Pesadillas con balas y uvas. No pude conmigo y me fui casa por casa, y así como al pasar, dejaba caer que ese año mejor no comer uvas, que venían malas, que estaban envenenadas, que se habían pasado con el pesticida, que tenían un hongo en el hollejo que daba diarrea y uno se podía ir en caca, que el diablo andaba en los viñedos. Pero fue inútil, nadie me dio corte.

Ana - ¿Se siente bien, doña? No se ponga así que parece que le va a dar algo.

Rosa - Ya se pasa, m'hija. Esto no es nada. Problema es el que tengo con el vino.

Ana - ¿Toma mucho?

Rosa - No, nunca. Solo en el año nuevo. El 31 después de las doce, acá siempre se arma festichola: la gente sale y lleva lo que le sobró para compartir. Un pedazo de pan dulce, el turrón duro que nadie pudo masticar, ensalada de fruta rancia, y vino: blanco, tinto, clarete, espumante. No tuve más remedio que tomar un poquito de cada uno. De repente me vino una cosa, como un entusiasmo y me subí arriba de un murito y empecé a bailar y a gritar como loca: ¡que nadie quiera uvas!... ¡polvo y bala!... ¡barro y muerte!... ¡ay, si alguien corta racimos!... ¡nadie se deje tentar!... ¡No...! (Rosa se sofoca y queda agotada)

Ana - ¡Ay, señora! ¿Quiere un vaso de agua?

Rosa - Agua fue lo que me tiraron. Un balde lleno. Y me llevaron a casa. Una vecina me metió en la cama y me dijo que durmiera, que de mañana me iba a sentir mejor. Yo nunca duermo, le dije, pero no me creyó. Me pasé la noche llorando y

mirando la mancha de humedad del techo, como si fuera un enigma para descifrar.

- Ana - Entonces es verdad. Pasó algo malo. Él me quiere.
Rosa - Me vino mucho sueño. ¡Que desgracia!
Ana - Por favor, señora. Ayúdeme a encontrarlo.
Rosa - (*piensa un poco, como dudando*) En el barrio me decían que por qué no ponía un negocio y cobraba a la gente por ver adentro de mi cabeza...
Ana - Yo le voy a pagar. Mire, le puedo adelantar 100 pesos. ¿Usted, cuánto cobra?
Rosa - Si cobrara, cobraría en dólares.
Ana - ¿Muchos dólares?
Rosa - No sé. Sólo con decir “dólares”, ya suena a mucho. Pero una vez se me metió un ángel o algo así, que me dijo que dios me mandaba decir que eso que yo tenía de poder ver, era cosa sagrada y que la plata era cosa del diablo.
Ana - ¿Entonces no me va a cobrar?
Rosa - Fue la única vez que dios me habló. Bueno, no me habló, me mandó decir. Y eso que yo lo llamé muchas veces.
Ana - Hay que encontrarlo antes de que le pase algo.
Rosa - Nunca me contestó ni se apareció en mi cabeza.
Ana - ¿Gabriel?
Rosa - No. Dios. El dinero será cosa del diablo, pero se precisa.
Ana - Usted quédese tranquila. Yo voy a conseguir los dólares... Y si no consigo se lo pago con trabajo. Le limpio. Le cuido la parra. Lo que quiera, yo hago lo que usted necesite.
Rosa - ¿Estás segura?
Ana - Sí.
Rosa - Mirá que te puedo pedir algo muy difícil.
Ana - ¿Eso quiere decir que me va a ayudar a encontrarlo?
Rosa - Si me pagás...
Ana - Todos los dólares que quiera. Y si no los consigo, los robo.
Rosa - No quiero dólares.
Ana - ¿Y qué quiere?
Rosa - Que trabajes para mí, para siempre.
Ana - ¿Para siempre?
Rosa - Sí. No me pienso morir.
Ana - ¿Y qué trabajo sería ese?
Rosa - No dejar que me duerma.
Ana - Parece fácil.
Rosa - No te creas.
Ana - Acepto.
Rosa - ¿Para siempre?
Ana - Para siempre.

Escena 2. El viñedo.

Viejo - ¡García!... ¡García!... De todo lo que hice en mi vida lo peor fue contratarte a

vos.

García - (*entrando*) Sí, señor.

Viejo - ¡Dónde estabas! ¡No me digas “sí, señor”!

García - Parece que hay viento norte...

Viejo - En mi viñedo siempre hay viento.

García - Sí, pero cuando es del norte...

Viejo - Me gusta... Sabe García, hay veces que sopla acá y del otro lado del alambre nada. ¡Ja!... Me gusta.

García - Es que usted es grande, señor.

Viejo - Yo trabajo, García, trabajo. Ya ni me acuerdo de cuándo empecé a doblar el lomo. La tierra pide y pide y hay que darle la vida. ¡Pero qué vas a saber del yugo vos!

García - Está bien, don, no se ofusque.

Viejo - A ver García, serví pa' algo. Hay algunos lugares donde no crecen. ¿Por qué?

García - (*se encoge de hombros y no responde*)

Viejo - Planto, cuido, riego y nada. No brota nada. Salen a veces unas ramas chicas, como dedos grises buscando luz. Pensé que era el hongo y tiré azufre a troche y moche. Quedó olor a diablo pero la planta nada. Entonces dije: a que es esa pulga de mierda que le chupa la sangre a las raíces. ¡Bicho invertido!: en verano se la pasa bajo tierra y en invierno hecha alas para ir a tirar huevos más allá y más acá.

García - Mire, don, yo de eso no sé nada.

Viejo - Fumigar no me gusta... Antes, cuando no existía la química, echábamos arañas para que se comieran al pulgón. Meses estuve juntando.

García - (*con temor y asco*) ¿Arañas?

Viejo - Mucha pistola, metralleta, pero sos flor de maricón.

García - Usted me paga pa' cuidar gente, no planta.

Viejo - Traje miles de todas partes en frascos de dulce de leche con la tapa agujereada para que no se fueran a asfixiar.

García - ¿Usted quiere decir que el viñedo está lleno de arañas?

Viejo - Sí.

García - No me mienta. Usted fumiga.

Viejo - Sí. Pero ellas resisten.

García - (*cambiando de tema*) Yo no veo por qué se preocupa tanto. La uva le crece por todos lados como pelo de la cabeza. Apenitas alguna calvicie que qué le hace. Usted tiene muy buena producción.

Viejo - Producción, producción. Eso no interesa. Lo que yo hago es ayudar a la magia que hace que de la tierra salga el vino. Me gusta pararme en cualquier lado y ver uvas. Un mar verde y negro. Parejito. Es algo que hicimos dios y yo.

García - Y por qué no llama a alguna autoridad.

Viejo - ¿Cómo?

García - Alguna autoridad en la materia. Un ingeniero agrónomo o algo así.

Viejo - Son unos lugares de 2 metros por uno, más o menos. No crece nada. Me da mala espina.

García - ¿Y no habrá algo malo en la tierra?

Viejo - Usted García, concéntrese en el alambre. ¿Entendió? No se meta con la vid ni

con la tierra. En el alambre. Qué no pase nadie.

Escena 3. Los muchachos.

Roberto - El verano me quiere.

José - ¿Qué?

Roberto - El calor me quiere.

José - Piró.

Ernesto - (*burlón*) Es la falta de cariño.

Roberto - Me abraza y no pide nada.

José - El calor pide agua.

Ernesto - Piscina, pileta, bañera.

José - No hay.

Roberto - La laguna.

José - Está lejos.

Roberto - No hay lejos. ¿Dónde queda lejos?

José - Piró.

Ernesto - Vamos.

(*la caminata es como un baile, casi un rap, sin cambiar de lugar*)

Roberto- Las gotas salpican.

José - Resbalan en la piel.

Ernesto - Me lamen la cara como mi perro.

Roberto - Cuelgan en tu pelo. Estrellitas en fondo negro.

José - Acá no hay rubios.

Ernesto - Solo alguno que se pinta. O se despinta con agua oxigenada.

Roberto - El agua me quiere.

Ernesto - Pocas cosas me quieren.

Roberto - Me soportan.

José - Me bancan.

Ernesto - Me tienen simpatía.

José - Me odian.

Roberto - Me escupen.

Ernesto - El agua me quiere.

Roberto - Alguien me quiere.

José - Mi madre me quiere.

Ernesto - Mi padre me quiere.

Roberto - Mi hermana me quiere.

Ernesto - No sé quien es mi padre.

Roberto - Mi madre no es mi madre, es la madre de mi hermana.

José - Mi padre no está nunca, pero me quiere.

Ernesto - Mi madre está loca de tantos hijos, nos quiere un poco a cada uno.

José - El hombre de mi madre no es mi padre.

Ernesto - Dice que es mi padre.

Roberto - El agua me quiere.

Ernesto - Me quiere porque sí.

José - Porque hace calor.
Roberto - El agua me quiere y no pide nada.
Ernesto - No me manda a hacer nada.
José - El agua me abraza.
Ernesto - No me ahoga.
Roberto - Tengo amigos ahora.
José - Voy a tener amigos después.
Ernesto - Amigos para siempre.
Roberto - Para siempre.
José - Para siempre.
Roberto - Hasta que la muerte nos separe.
Ernesto - La muerte nos separe.
José - La muerte.
Roberto - No hay cocacola.
Ernesto - Hay sed de tanta agua de laguna.
José - La garganta pide.
Roberto - El estómago pide.
Ernesto- Hay hambre de tanta agua.
Roberto - Hay hambre de alegría de estar juntos.
José - Hasta que la muerte los separe.
Ernesto - Somos la barra de los que tienen hambre.
José - Somos la barra de los que tienen sed.
Roberto - Hasta que la muerte nos separe.
Ernesto- Mejor que la laguna de agua es el mar.
José - Es el mar del viñedo.
Roberto - Grande.
Ernesto - No se ve el fin.
Roberto - Horizonte verde.
José - Verde horizonte.
Ernesto - Las uvas negras.
Roberto - Para el hambre y la sed.
Ernesto- Se parten.
José - Estallan.
Roberto - En la boca.
Ernesto- La boca.
José - La boca.
Roberto - La pulpa verde.
Ernesto - La pulpa dulce.
Roberto - Quiero las uvas.
José - Quiero las uvas.
Roberto - Es solo un momento.
José - No se puede robar.
Ernesto - Se puede. Todos roban.
Roberto - Todos roban. Se puede
Ernesto - Dos metros.
José - Tres pasos.

Roberto - Cruzar el alambre.
Ernesto- Tres racimos.
José - Dos racimos.
Roberto - Cruzar el alambre.
Ernesto - Salir al camino.
José - Y si se puede aguantar sin comer.
Roberto - Si se puede.
Ernesto - Buscar una sombra.
José - Comer las uvas panza al cielo.
Ernesto - Comer las uvas en la sombra.
Roberto - Si se puede.
José - O comerlas caminando y descansar de comer en la sombra.
Ernesto - Un monstruo negro ruge.
Roberto - Un gigante de cuatro ruedas aturde.
José - Toyota entre las vides.
Ernesto - Como en las películas.
José - El monstruo no saca manos mecánicas como en los dibujos animados.
Ernesto - Saca una escopeta con brazo humano.
Roberto - Escapar del ruido.
Ernesto - No hay nave intergaláctica para huir.
José - No hay arma samurai para pelear.
Roberto - Correr. Correr. Correr.
Ernesto - Los chumbos zumban.
José - Los perdigones se clavan.
Roberto - Putas bolitas.
Ernesto - No son gotas.
Roberto - No son uvas.
José - Son piedritas de muerte.
Roberto - De muertecita.
José - ¿Por qué no corre Gabriel?
Ernesto - ¿Por qué se queda Gabriel?
José - Se agarra la cabeza.
Roberto - ¡Corré!
Ernesto- ¡Corré!
José - Se oye un tiro... otro.
Ernesto - Otro... otro... otro.
Roberto - Cinco. Cinco tiros.
José - El monstruo negro saca un tipo que agarra a Gabriel.
Roberto - Se lo traga.
Ernesto - Gabriel mira.
Roberto - ¡Saltá!
José - ¡Saltá!
Ernesto - ¡Vení!
Roberto - Tiene sangre en la cabeza.
José - Se va.
Ernesto - Se va adentro del monstruo.

Roberto - Se lo llevan.
José - Se pierde en el mar de las uvas.
Ernesto - Horizonte negro.
José - Horizonte negro.

Escena 4. Casa de Rosa.

Ana - ¿Podemos empezar?
Rosa - Alguien me dijo que era un dios antiguo el que me metía cosas en la cabeza. Me imaginé que el fulano tenía un aparato y yo una antena. Apolo, me dijeron.
Ana - A ver, siéntese por acá. Tranquila.
Rosa - Una vez lo vi en una estatua y era de lo más buen mozo. ¡Ah!... piernas de futbolista, brazos de peón, nariz perfecta. Me quedé contenta de que un hombre así, tan bien hecho, se hubiera interesado en mí.
Ana - Cierre los ojos. ¿Quiere que le cante algo?
Rosa - ¡No!... Me parece que anda gente en el fondo. *(se levanta para salir)*
Ana - *(deteniéndola)* No se mueva.
Rosa - ¿Y si hay alguien robando de mi parra?
Ana - Usted me prometió... ¿No se da cuenta de que no hay tiempo?
Rosa - Hay cosas que son difíciles y cosas que no se hacen, con tiempo o sin tiempo.
Ana - Gabriel no hizo nada malo y no sabemos dónde está.
Rosa - Se metió en el viñedo a robar. Cualquiera sabe que eso es peligroso.
Ana - ¿Y está bien que alguien desaparezca por unas uvas?
Rosa - El diablo anda suelto y no se fija. Cada vez que un botija arranca un racimo, estropea la planta. ¿Vos sabés el trabajo que se lleva la vid? ¿Sabés cuantos años de vida se necesitan para que cada uva sea buena para el vino? Y bueno, se metió donde no debía.
Ana - ¡Usted es una hija de puta!
Rosa - ¡A mí no me hables así!
Ana - ¡No quiero hablarle, quiero arrancarle esos pocos pelos asquerosos que le quedan!
Rosa - No ves que el diablo anda suelto.
Ana - Yo la insulto, pero eso no quiere decir que la vaya a matar.
Rosa - Eso está bien. Todo el mundo debería darse cuenta que es mejor decirle al prójimo ojalá que revientes, que reventarlo. Sobre todo los muchachos.
Ana - ¡Claro! Ahora me va a salir con que la juventud es violenta. ¡Qué vieja de mierda!
Rosa - Soy una vieja de mierda con una escopeta antigua como yo, que todavía sirve para bajar palomas... ¡Salí de mi casa!
Ana - Discúlpeme, señora.
Rosa - Yo no tengo por qué soportar a mocosas que me insulten en mi propia casa.
Ana - Lo que pasa es que estoy triste, estoy muy mal.
Rosa - Todos estamos mal... ¿Por qué dijiste matar? Todavía no sabemos.
Ana - Capaz que yo también puedo adivinar alguna cosa.
Rosa - Pálpitos, presentimientos. Eso no es saber.

Ana - Nosotras tenemos un pacto.
Rosa - Está bien. (*cierra los ojos*)
Ana - ¿Qué ve?
Rosa - No veo. Escucho los cuatro silencios que separan cinco tiros.

Escena 5. El viñedo.

El Viejo tiene una oreja pegada a la tierra.
Viejo - ¡Cómo puede ser! ¿Cuándo se va a callar?
García - ¿Qué escucha? ¿Las hormigas?
Viejo - En algunas partes hay ruido.
García - La tierra no hace ruido. Se calla. Por eso se puede esconder cualquier cosa debajo.
Viejo - Vos qué sabes.
García - De tierra sé poco. El que sabe es usted. A mi me gusta más la gente y los instrumentos de trabajo. (*por la escopeta*)
Viejo - Y por ese amor casi te fusilan... ¿No oís nada?
García - No exagere. Me dieron de baja nomás.
Viejo - ¡No, si está muy bien! Usted me pone nervioso. ¿Qué hizo con las armas que robó?... ¡Carajo, ese ruido!
García - No saben perdonar. Fue un momento. Menos mal que usted me dio trabajo.
Viejo - Yo soy de ayudar a la gente. Y a las bestias también.
García - Todo el mundo le debe favores, ¿eh?
Viejo - ¡Escuchá! Algo se viene.
García - (*empuñando la escopeta*) ¿Dónde?... Usted diga.
Viejo - Por ahí. ¡Vamos!

Escena 6. La comisaría.

Los tres muchachos están hablando al mismo tiempo. No se entiende lo que dicen.
Comisario - ¡Silencio!
Los muchachos se callan. Roberto no puede evitar llorar.
Comisario - Seguro que salió corriendo. Ustedes son como la liebre: una plaga que corre ligero.
José - Nosotros corrimos.
Roberto - Él no.
Ernesto - ¿Por qué no corría?
José - Por la sangre. La sangre de la cabeza no lo dejaba correr.
Ernesto - La sangre en los ojos no lo dejaba ver
Roberto - Le dolía. El dolor así no te deja pensar. Cuando te dan una piña primero me te quedás así, quieto. El golpe parece que viene de adentro, no de afuera y uno no sabe, no entiende. Él no tuvo tiempo de darse cuenta y...
Comisario - El hombre tenía una escopeta.
José - El de pelo negro.

Ernesto - El de pelo blanco no.

Comisario - Cualquiera sabe que si entra a un campo a robar, el dueño dispara para arriba para espantar.

Ernesto - (*furioso*) ¡Usted no entiende! ¡Tengo las piernas y la espalda llenas de qué, ¿de uvas?!

Comisario - No me grites.

José - No le importa nada, ¿no?

Comisario - ¿Vos también tenés chumbos?

José - No, me los saqué.

Roberto - Yo los tengo en casa en una bolsita se los puedo traer. (*Aparte*) Y metérselos en el culo.

Comisario - ¿Qué dijiste?

Roberto - La policía siempre jode a los mismos.

Comisario - (*tomando de la ropa a Roberto*) Mirá botija, bajá el gallito.

José - ¡Suéltelo! Usted no puede hacer eso. En la tele cuando un poli...

Comisario - (*soltando a Roberto*) Yo no hago nada... Y no se hagan los giles. Ahí donde ustedes viven no hay ninguno que sea santo... Y váyanse de acá. Ya es muy tarde.

Ernesto - ¿Cómo? ¿Qué le pasó entonces?

Comisario - No está detenido en ningún lado.

José - (*irónico*) Eso fue lo primero que averiguaron, claro.

Comisario - Estaba robando uvas, ¿o no?

Roberto - Un racimo.

Ernesto - O dos, nada más.

Comisario - Tampoco está en ningún hospital.

José - ¿Y por qué no salen a buscarlo?

Comisario - De noche no se puede. No conocemos el lugar.

Ernesto - ¡Qué! ¿Tienen miedo de entrar ahí?

Comisario - Mañana.

José - Mañana.

Ernesto - Mañana.

Roberto - (*con rabia*) Mañana está tan lejos que nunca va a terminar de llegar.

José - Y si fue dejando un rastro de uvas...

Ernesto - Para poder volver...

José - Los pájaros se las van a comer.

Escena 7. Casa de Rosa.

Rosa - (*Rosa está con los ojos cerrados*) Ellos solo ven el racimo con su hoja y sus rulos. Rulos del pelo del diablo... Un ruido que sale de la planta... no, que viene de lejos. Polvo, polvareda que hace ruido, de abajo, de animal negro, de motor de muerte. Hay que huir del polvo y del ruido pero llevando con cuidado trofeos de racimos, dos o tres.

Ana - ¿Qué pasa con los tiros?

Rosa - Corren. Pozo, piedra, surco, rama. Correr es nunca terminar de caer. Diagonal hacia abajo. Pozo, piedra, surco, rama. Nunca llega el alambre. No llega el

camino.

Ana - ¿Y los tiros?

El Viejo y García entran. Rosa y Ana no los ven.

Viejo - ¡Suba García! ¡Yo sabía que se venían!

García - ¡Pare! Está martillada. El gatillo suave como concha de mujer.

Viejo - ¡Entraron! Parecen gurises.

García - ¡Hijos de puta!

Viejo - ¡Dispare al aire! Sólo ruido. Sólo susto.

García - No puedo. Al aire es perder el tiro. El brazo baja. A chumbazo se aprende. Un cartucho. ¡Fue! Saco el cadáver, plástico con culo de metal. Dedos rápidos. Saco uno lleno. Pongo en el agujero. Está martillada. El gatillo suave como concha de mujer. Un cartucho. ¡Fue! Corren. Saco el cadáver, plástico con culo de metal, vacío. Pongo uno lleno. Dedos rápidos transpiran. Está martillada... Hay uno que se queda.

Viejo - ¡Está loco! La mano me arde. ¡Andate, gurí! Cinco veces que te vayas. ¡Cinco veces fuego!

Ana grita como si le estuvieran disparando a ella. Queda hecha un ovillo, temblando de miedo.

Viejo - ¡Estoy ciego! Una telaraña roja en mis ojos. Es chiquitito como una mosca, como una hormiga. ¡No es justo!

El Viejo y García desaparecen.

Ana - Lo mataron.

Rosa - (*Despertando enojada*) No. No lo mataron. ¿Por qué no me despertaste? ¿Por qué dejaste que entrara gente a mi casa?

Ana - Aquí no entró nadie. Yo no vi a nadie. Pero me sentí muy mal.

Rosa - Cinco tiros y ninguno le dio. Uno decía que mejor dejarlo ir pero el otro lo subió a la camioneta... ¡Nunca más dejes entrar gente! Hay que vigilar siempre. Dame mi escopeta... Hay una mancha de sangre. Traé un trapo.

Escena 8. La Comisaría.

Comisario - (*está leyendo un libro*) “El cielo de veras que no es este de ahora, el cielo de cuando me jubile, durará todo el día...” El cielo de cuando me jubile va a tener rejas. Me voy a meter preso en mi casita de Instrucciones. Nadie me va a venir a joder. Un viejo tranquilo. Solo pero tranquilo. (*grita hacia afuera*) ¿Alguna novedad?... (*nadie responde*) ¡Que no entre nadie que estoy ocupado! (*guarda el libro en un bolsillo*) Un comisario leyendo poesía podría ser un atentado a la moral de la fuerza o algo así. ¡Ja!... (*mirando unos papeles*) El viejo denunció muchas veces. Dice que entran en carro a robarle. Y nunca pasó nada y ahora por unos guachos nabos... Alguien anda equivocado. La gente está furiosa... (*arruga los papeles y se los pone en el bolsillo*) Aire, agua, tierra. Todo cubierto. Esta vuelta todos ayudan, porque salió en la televisión. Porque mire que este país guarda mucha cosa bajo tierra. De arriba vino la orden de encontrar un cuerpo y un culpable, así que... Aire, agua, tierra. ¿Dónde más se puede buscar? ¡Ja! ponerle “Colibrí” al helicóptero. Pajarito bobo. Zumba, pero no creo

que vea mucho. Los bomberos en vez de pelear con el fuego, buscan abajo del agua. Pero ni el tajamar ni la cañada escupen nada. Más fe le tengo a la tierra. Al hombre que camina y al perro que huele. Pero la tierra sabe esconder... (*saca una naranja*) Pobre botija. “El cielo de veras no es este de ahora, el cielo de cuando me jubile...” Si me da la plata voy a poner alarmas. Pensé en plantar algo en el fondo, pero mejor no, es para lío. No voy a poner un guardia a cuidar plantas. ¡Ja!... (*mirando la naranja*) ¡Dónde estás Gabrielito!

Escena 9. Los muchachos y la prensa.

José - Sí. Lo están buscando.
Ernesto - Sí. Nosotros también.
Roberto - Lo buscan. La tele es un ojo.
José - Nos hicieron ver fotos.
Ernesto - Fotos de hombres fichados. Como en la tele.
Roberto - La tele es un ojo que me ve. Yo no la veo.
José - ¿Por qué me pregunta cómo era Gabriel?
Ernesto - Estaban ahí, en las fotos. El de pelo blanco y el de pelo negro.
Roberto - Se puede ver por el ojo de la tele.
José - Usted lo dice como si estuviera muerto.
Ernesto - No los metieron presos. Siguen ahí, en el viñedo.
Roberto - ¿Cómo elige la tele lo que quiere ver?
José - No está muerto. El viejo se lo llevó.
Ernesto - La policía sabe quienes son. Nosotros los vimos.
Roberto - Ella dice: esto es lo que hay que ver y esto no.
José - Hace un tiempo desapareció otro botija, pero después apareció.
Ernesto - No se los quieren llevar. No nos creen. O como es el dueño no se animan.
Roberto - Antes nunca la tele nos había elegido. No nos quería ver.
José - Como lo habían herido lo escondieron un tiempo hasta que se curó.
Ernesto - Buscan los bomberos en el agua. Porque creen que se murió.
Roberto - Ahora somos interesantes. ¡Miren! ¡Miren!
José - El va a venir caminando una tarde de estas. Curado.
Ernesto - Busca el helicóptero por el aire. Creen que se quedó quieto como un cadáver al sol.
Roberto - Me hubieran avisado y me ponía los championes. Las chancletas en las fotos de los diarios no quedan bien.
José - ¿Por qué me pregunta cómo era? Gabriel es... ¡Yo que sé! Un muchacho.
Ernesto - Busca la policía por la tierra. Creen que está debajo. Buscan los perros.
Roberto - ¡Escriban! ¿Qué más quieren saber? ¿Dónde vivo? ¿Con quién? ¿Qué hay hoy para comer? ¿Si tengo buenas notas? ¿Si juego al fútbol? ¿Si tenemos armas?
José - ¡Usted quiere que le diga que Gabriel es bueno! Sí, es bueno. No es un malandra. ¿Por qué le importa tanto? Es normal. Como nosotros. ¿Y si fuera un malandra qué?
Ernesto - Nosotros vamos a hacer nuestra propia investigación. Porque está vivo. Ellos

están buscando a un muerto.

Roberto - Señor que mira la televisión, señor que mira los diarios, usted vio la foto, si lo ve, por favor, avise, por favor ayude.

Escena 10. Casa de Rosa.

Rosa y Ana están fregando el piso agachadas. El comisario las mira.

Rosa - Enseguida lo atendemos, don... Ya está. *(a Ana dándole el trapo)* Lavallo bien. Tengo que atender esto que es importante.

Ana inicia la salida pero se queda espiando.

Rosa - *(al Comisario)* ¡Ay! Justo me agarra en un momento... No estoy muy presentable... Espere un momentito que me voy a cambiar.

Comisario - No, por favor, no hace falta. "Porque tu eres linda desde el pie hasta el alma".

Rosa - ¡Ay! No diga esas cosas que me va a dar algo.

Comisario - Está bien, no digo nada.

Rosa - Hay que ser atrevido. Mire que entrar a mi casa y tirarme con un piropo...Así, impunemente... Tenía que ser milico.

Comisario - Comisario. Y no fue un piropo, se me escapó. Es que me ha dado por la lectura últimamente.

Rosa - A usted siempre le gustó la lectura.

Comisario - Cuando me jubile voy a tener más tiempo... Mire Rosa, vine hasta acá por asuntos profesionales. *(saca una naranja y la tiene entre las manos)*

Rosa - Siempre con su naranjita, ¿eh?

Comisario - Siempre.

Rosa - ¿Y que asuntos son?

Comisario - ¿Eh?

Rosa - Esos profesionales que usted dijo.

Comisario - Yo le estoy muy agradecido todavía por aquella vez que nos ayudó.

Rosa - ¡Ah! Pero usted no creía, no tenía confianza.

Comisario - Es verdad. Pero usted le embocó.

Rosa - No emboqué. Sabía.

Comisario - No se enoje. "Usted sabe que puede contar conmigo".

Rosa - ¿Qué?

Comisario - Se me escapó de nuevo.

Rosa - ¿Qué?

Comisario - La poesía.

Rosa - Está loco. Por eso me viene a buscar. Debe estar desesperado.

Comisario - ¿Escuchó del asunto del muchacho que desapareció en el viñedo?

Rosa - Muchacho... Viñedo... No.

Comisario - Vamos, Rosa, todo el mundo lo está buscando.

Rosa - Yo no sé nada.

Ana que ha estado escuchando irrumpe.

Ana - Pero, Rosa...

Rosa - Vos para el fondo.

Ana - Pero...

Rosa - ¡Al fondo! (*Ana se va*)

Comisario - No sabemos dónde está.

Rosa - A usted le pagan para encontrarlo.

Comisario - Bueno... Disculpe la molestia. Yo se lo pedía como un favor personal...

¿Siempre se acuerda de mi teléfono?

El Comisario inicia la salida cuando irrumpen Ana con un cuchillo.

Ana - (*a Rosa*) ¿Lo va a dejar ir sin decirle nada?

Rosa - No tengo ni voy a tener nada para decirle.

Ana - Mire señor, yo no puedo más con este dolor de no saber. Yo no sé que será Gabriel para usted. Pero lo tengo todavía en un beso que no se termina. No me lo puedo sacar. ¿Me entiende?

Comisario - Calmate, chiquilina. Y bajá ese cuchillo.

Rosa - ¿Qué hacés con eso?

Ana - Pensé que el señor quería pelar la naranja.

Comisario - ¡Ah! Me la olvidaba. (*cuando la va a tomar Ana acuchilla la naranja*)

Ana - ¡Qué mierda importa una naranja!

El comisario saca el cuchillo de la naranja. Se lo da a Ana. La naranja se la da a Rosa. Se va. Ana llora.

Rosa - (*consolando a Ana*) Cuando el Comisario estudiaba un oficial dijo: ¡Atención: pelar las naranjas! Y todos obedecieron. Después dijo: ¡Atención: volver las cáscaras a su lugar! Y no pudieron obedecer. Era como la vida, ¿sabés? Por eso este Comisario nunca mató a nadie. Cualquiera día de éstos lo matan a él.

Escena 11. El viñedo.

García - ¡Matar al perro! Gritó el sargento. El mismo perro que él nos había dado y nos había mandado criar. Ahí me hice hombre. El perro se retorció, luchaba por vivir. Gemía. Gemía finito. ¡Ih, ih, ih! Éste es igual. Yo hago lo que usted diga. Pero ahora es otra época. Va a haber lío. Pero si lo deja ir es peor. ¡De acá no te vas más! ¡ih, ih, ih! ¡Callate, perro!

Viejo - ¡Agua! ¡Hay que lavarlo! ¿Por qué mierda está pasando esto?

García - ¡Agua! Abajo del agua nadie chilla. Este no existe. Ahora sos solo burbujitas que suben. ¿Qué? ¿No podés gritar? ¿No podés llamar a tu mamá? La vida es agua negra, ¿eh? Así, así... Te movés cada vez más despacito, ¿eh? Así, así... quietito... tranquilo.

Viejo - Ya está. Ya lo puede soltar... ¡Que ya lo puede soltar! ¡No me oye!

García - Oigo, Viejo. Oigo agua, chorros, cataratas, maremos... Suelto, suelto... ¡Mierda! ¡Algo me agarra! ¡Me tira, me hunde! ¡Soltá!

Viejo - ¡No se muere, carajo! ¡Soltá, hijo de puta! ¡Soltá que estás muerto!

García - ¡Me quiere llevar! ¡Ih, ih, ih!

Viejo - ¡Se escapa, García!

García - Una liebre manca, rata podrida, gallina degollada.

Viejo - ¡No lo deje ir! ¡Agárrelo!

García - ¡Ah! Se cae. ¡Ah! Sigue cayendo ¡Ah! ¡Terminá de caer, carajo!

Viejo - Está quieto.
García - Respira.
Viejo - Tiene miedo.
García - ¡Putá que tiene fuerza!... A la cabeza.
Viejo - ¡Ah! ¡La telaraña roja!
García - Bien de cerca. Para que no haya dudas. ¡Ih, ih, ih!

Escena 12. Casa de Rosa.

Rosa está con los ojos cerrados.

Ana - ¿Ya lo vio?
Rosa - No.
Ana - Qué raro, ¿no?
Rosa - No quiero verlo muerto.
Ana - Haga fuerza para verlo vivo.
Rosa - ¡Shhh!
Ana - Hablo bajito para que se pueda concentrar... Mire que si no lo encuentra yo no cumplo mi parte.
Rosa - ¡Shhh!

Silencio.

Ana - ¿Usted no se acuerda si para rezar había que decir algo antes? ¿Unas palabras especiales para que dios ponga atención?

Rosa no contesta.

Ana - (*hablando muy bajito*) Dios. Señor Dios. Nunca antes te pedí nada. Vos eso lo sabés bien. Todo lo hice sola. No me molestaba cuando era chiquita porque no me daba cuenta. La maestra decía que tenía los ojos más secos de la clase. Las cosas están ahí, donde vos las pusiste. Yo también estoy puesta acá. Y todo pasa. No está bien ni mal. Hace unos días me puse a pensar... Digo a pensar. Sobre mí. Es raro. Fue cuando estuve con... No me tiene que dar vergüenza contarte esto, ¿no? Sólo por un momento vi, pensé, que hay algo después. Que no todo es ahora. Que puedo querer algo. Que tengo derecho a tener aunque sea una ilusión. Fue solo un momentito. Por ese momentito empecé a sentir rabia. ¿Es buena la rabia? Y un dolor diferente a los de antes, un dolor de saber. ¿Está bien sentir un dolor que no viene de un golpe sino de no se sabe dónde? Y ganas también. Como un viento que me levanta del suelo. ¿Y para qué señor Dios? Un solo favor te pido. Quiero tocarlo. Una sola vez, con los dedos. Tocarle la cara. ¿Si? ¿Me lo prometés?

Rosa - (*que ha tenido una visión*) Ana... Ana... Vamos a tener que llamar al Comisario.

Escena 13. La comisaría.

Viejo - Es como usted dice. Entraron. Como entran siempre. La policía no protege.

Comisario - ¿Y cómo sabe que entraron a robar?

Viejo - ¿Y usted cómo sabe cuando alguien es sospechoso?

Comisario - Por los ojos. ¿Usted les miró a la cara a esos muchachos?

Viejo - A usted, Comisario, siempre le gustaron las uvas. Algunas de las que comió eran mías. No, no digo que las haya robado. Yo se las regalaba. A su familia y a todas las del barrio. Eso que el barrio quedaba lejos.

Comisario - De eso no me acuerdo. Si me acuerdo de correr detrás de su carro para juntar las que se iban cayendo y de los rebencazos que nos daba en el lomo.

Viejo - El barrio era lejos, la ciudad la ciudad y el campo campo. Se vino encima la gente. La tiraron para afuera. Yo no tengo la culpa.

Comisario - ¿Cuántos entraron?

Viejo - Cuatro.

Comisario - Pero solo salieron tres.

Viejo - Entraron cuatro y salieron cuatro. Tres para un lado y uno para el otro.

Comisario - ¿Usted qué hizo?

Viejo - Lo de siempre. Disparar al aire. Digo, ordenarle al guardia. Yo no tengo armas.

Comisario - Hay unos cuantos permisos de tenencia y porte a su nombre.

Viejo - Cosas viejas. Papeles de antes. Nadie los necesita.

Comisario - ¿Y qué pasó?

Viejo - García tiró para arriba y volaron chillando como cotorras.

Comisario - ¿Los cuatro?

Viejo - Tres para un lado y uno para otro.

Comisario - Y a ese uno ¿no lo habrá subido usted en la camioneta?

Viejo - ¿Encontró algún rastro en la camioneta?

Comisario - No. Pero el juez mandó hacer una prueba con un líquido que hace que la sangre se ponga verde. Por más que limpie y friegue aparece lo verde donde hubo sangre.

Viejo - No se haga el moderno, Comisario. Tiene manadas de personal estropeándome los surcos y no encontró ni un casquillo, ni una pala, ni un cuerpo.

Comisario - Hay un monte de caña tacuara, un árbol grande y en el medio un jovencito boca abajo, el cráneo agujereado, la cabeza mirando para la derecha, más abajo que los pies, en un pozo desperejo, poco profundo.... Eso me dijo una amiga.
¿Usted qué piensa?

El Viejo mira al Comisario a los ojos pero no responde.

Escena 14. El viñedo.

José - No se sabe si es él.

Ernesto - No es.

Roberto - ¡Lo queremos ver! ¡Quiero pasar!

José - ¿Ves algo?

Ernesto - No.

José y Ernesto levantan a Roberto y lo sostienen sobre sus hombros.

José - ¿Qué ves?

Roberto - Un policía apoyado en una pala. La mano en la cintura y la cabeza baja.

Ernesto - ¿Y más atrás?
Roberto - Más policías que dan vueltas. Hombres con corbata que hablan.
José - ¿Y más atrás?
Roberto - Una caja. Una caja de lata. Una caja de lata negra. Vieja.
Ernesto - Será la que usan siempre.
José - La caja de los muertos.
Roberto - La agarran de las manijas. Pesa.
Ernesto - ¿Y qué más?
Roberto - La caja se mueve como un bote. Se va.
Ernesto - No sabemos si es él.
José - Es él. Está muerto.
Sueltan a Roberto y caen los tres. Quedan en el suelo boca arriba. Entra el Comisario arrastrando a Ana. No ven a los muchachos.
Comisario - No podés estar acá, gurisa. No sé cómo pudiste pasar.
Ana - Abra la caja un momento. Tengo algo que hacer.
Comisario - No se puede.
Ana - Usted no entiende.
Comisario - No está bien que lo veas así.
Ana - ¿Que lo vea así? ¿Y si no cómo?
Comisario - Si sentís ese olor se te va a meter en la sangre. Para siempre. Vos tenés que seguir viviendo.
Ana - Para vivir tengo que tocarle la cara por última vez. Dios me lo prometió.
Comisario - Qué sabe Dios de... Andá para tu casa.
Ana - ¿A dónde lo llevan?
Comisario - Lo tiene que ver un médico. Un forense.
Ana - ¿Qué le van a hacer?
Comisario - Nada. Hay que saber quién lo mató.
Ana - Le preguntan quién fue. Y no responde. Entonces lo cortan, lo abren, lo parten.
Y nada lo cierra, lo cose, lo cura. Lo desarman y nada se junta. Está roto.
Está frío. Buscan por cuál agujero se le escapó eso que era él mismo antes de ser nada. Y le preguntan quién fue.
Comisario - Te prometo que lo vamos a agarrar.
Ana - Y cuando lo tenga llévelo a un lugar donde estén solos, usted y él, mírelo a los ojos, agárrele la mano y muy despacito... pregúntele por qué. Por qué. ¿Me lo jura?
Comisario - Lo juro.
El Comisario sale. Ana se tiende en el piso boca abajo.

Escena 15. García.

Entra García. No ve los cuerpos tendidos.

García - Me dijeron: si tiene problemas usted niegue. Niego. No sé nada. Yo no fui. La camioneta la lavamos con trapo, esponja, jabón. No hay marcas.
Juntamos los cartuchos. ¿Uno? Siempre queda uno traidor. Chiquito, escondido, ladino. ¿Dónde está? Niego. No sé nada. Yo no fui. La pala la tiró el viejo a la laguna. La escopeta también. Hijo de puta. Era una buena escopeta.

¡No quiero contestar más! Mil veces preguntan lo mismo. De la misma manera. No tengo miedo. Idiotas. Niego. No sé nada. Yo no fui. No sé de qué cuerpo me habla. La tierra traga y no vomita, no escupe, no delata. Es fiel. ¿Una mujer? Una bruja. No hay brujas. Tengo que conseguir algo para dormir. Dormir. Dormir. ¡Si, señor! Niego. No sé nada. Yo no fui. Sólo cumplo órdenes. Yo le dije al viejo: déjelo ir. Es perejil, no vale nada. Pero él manda. Yo trabajo. Hago lo mío. Se puso como loco. No me dio tiempo. Ejecuté. Esto se va a arreglar. Yo no soy nadie. Él sí. Él tiene tierras. ¿El gurí? No sé quién es. Es uno de esos que vive mal. De esos que sobran. ¿Para qué joden tanto? Esto se va a arreglar. Niego. No sé nada. Yo no fui. Yo no fui.

Escena 16. Adiós.

Los tres muchachos y Ana se paran y forman una línea.

José - Te vas.

Ernesto - Flotando en agua triste.

Roberto - En fuego.

Ana - Te lleva el aire.

José - Amigo.

Ernesto - Amigo.

Roberto - Amigo.

Ana - ¿Amor?... No tenemos flores para darte.

José - Uvas en los dedos.

Ernesto - Racimos para tu viaje.

Roberto - Vino para el dolor.

Ana - Te regalo todos mis recuerdos de niña. Sobre todo los lindos. Mi niña se va contigo. Yo me quedo.

Ernesto - Te regalo mi soledad. Mis ganas de buscar la vida donde no hay gente. Te prometo encontrar abrazos. Cada abrazo una ofrenda.

Roberto - Yo no te doy nada. Mi rabia me la quedo. Y mi navaja.

José - Mi regalo no está todavía. Tengo que pensar. Pero un día me voy a dar cuenta de cómo hay que hacer para vivir. De por qué pasa lo que pasa. Y qué podría ser y si fuera de otra manera. Ojalá tenga alguna vez un regalo para darte... Amigo.

Ana - Amor.

Ernesto - Amigo.

Roberto - Amigo... Adiós.

Escena 17. El Viejo

Viejo - ¿Quién es usted para preguntarme por qué? No me gustan las preguntas. Ya estoy bastante jodido. Si miro para adelante no hay viñedo, hay pared. La gente de la ciudad no sabe que mirar corto enloquece. Que el ojo está hecho para mirar lejos. Acordarme del horizonte y del viento va a ser más duro que

arar, mas cansado. ¡No me mire como si estuviera viendo el diablo! ¡Yo no lo maté! No tengo nada para decir. La vida entera se me va por el agujero que abrió un momento. Usted sabe. Momentos. Unos de brotes verdes y otros de peste. La furia es una mujer de pelo largo. Enreda en su mata y no deja ver. Y usted me pregunta. Como el juez ese, que pone cara pálida, seca, seria. Como si la justicia fuera algo solemne, importante. Si fuera así habría un poco más, ¿no le parece? Se la agarran conmigo. ¿Y mi familia? ¿Y Dios? Alguien decidió que en este país quedaran los perros sueltos, sin importar lo que hubieran masticado. Yo tenía uno trabajando para mí. Tenga cuidado. Están por todos lados. Capaz que usted mismo... Los dedos de los pies se me están poniendo marrones. Se retuercen, se afinan pero no encuentran tierra donde plantarse. Digamé comisario: ¿no le da un poco de pena este viejo? ¿No? Usted está acostumbrado. Ese muchacho... Gabriel... se transformó en avispa y se me metió por una oreja. Llamó a todas las culpas viejas y formaron panal. Aquí adentro. Duele. Claro que duele.

Escena 18. Casa de Rosa.

Rosa - ¿Le sirvo una copita de vino?

Comisario - No. Le agradezco. Pero si tiene caña le acepto.

Rosa - ¿Sabe que no? (*silencio*)

Comisario - Le traje un regalo como agradecimiento (*le da un paquete*)

Rosa - No hacía falta... Un libro. De poesía... Mire que es fino usted.

Comisario - Es para que se entretenga en esas noches que no puede dormir.

Rosa - Estoy muy emocionada. Pero capaz que lo tengo que leer de día.

Comisario - Si no le parece mal me gustaría volver un día de estos para que me comente qué le pareció.

Rosa - (*tendiéndole la mano*) Sí... Para los viejos seguir es más fácil. Uno se acostumbra a cualquier cosa.

Comisario - Quién sabe. Por las dudas nos podemos ayudar. ¿No le parece?

Rosa - Sí. Los jóvenes se olvidan más rápido. ¿No? ¿Vos que pensás Ana?

Ana entra con la escopeta.

Rosa - ¿Qué hacés con eso?

Ana - (*al Comisario*) ¿Dónde está?

Comisario - ¿Quién?

Ana - El viejo.

Comisario - Preso en el penal.

Ana - Soñé que lo linchaban.

Comisario - Ojalá.

Ana - Era un sueño horrible.

Comisario - (*a Rosa*) ¿Esta se va a quedar con usted?

Rosa - Sí. Para siempre.

Comisario - Se está buscando problemas. Usted precisa alguien que la proteja.

Rosa - Mejor hablamos otro día...

El comisario sale.

Ana - Ya es hora de dormir.

Rosa - ¡Qué bueno! (*Se recuesta y se duerme*)

Ana - (*Empuña la escopeta. Se le cierran los ojos y los abre sobresaltada*) Rosa...
¿Está dormida?...Rosa... El viñedo se va a secar. Todo. ¡No! No todo. En unos pedacitos dónde antes no crecía nada, alguien hace agujeros. Quién los hace no se ve. Chiquitos... Salen unos tallitos verdes. Tan tiernos que tienen miedo. Miedo del viento. Miedo de las pisadas. Ellos no tienen la culpa del miedo. Sólo buscan sol. Les alcanza con el agua y la tierra. No. Precisan también una mano que los cuide... Ojalá que los dejen crecer. Ojalá que los dejen vivir... Habrá parras y uvas. Y vino...Y miedo.

Ana se queda con los ojos muy abiertos empuñando la escopeta. Vigila.

FIN

Esta obra obtuvo el Primer Premio en el Concurso Literario Municipal – Año 1998, en el Género Dramaturgia, otorgado por la Intendencia Municipal de Montevideo.

Está basada en un hecho real que conmovió a la sociedad uruguaya en febrero de 1998.